

CAPITULO 16º

SUMARIO.

Destino de razas adversarias.—El General Arista arenga al ejército para empezar el combate.—Batalla de Palo Alto.—Los americanos incendian el pasto para que el denso humo oculte sus operaciones.—Los ejércitos pelean con bizarría quedando indeciso el resultado.—Los americanos creyendo haber perdido, celebran junta de guerra.—Opina la mayoría de los Jefes que deben retirarse.—Taylor no acepta ese acuerdo y dispone que el ejército avance sobre el nuestro.—Arista se retira.—Batalla de 'La Resaca de Guerrero.'—La pierde Arista por un error que lo domina.—Los mexicanos se batien valientemente.—Todo es infructuoso.—La derrota se consumó.—Nuestro ejército se retira para Matamoros.—Los americanos avanzan.—Arista desocupa á Matamoros, dejando abandonados á la generosidad del enemigo 400 heridos.—Muchos de éstos no se resignan á quedarse entre los enemigos.—Se salen de los hospitales para seguir á sus cuerpos, arrastrándose y dejando huellas de sangre.—La división sigue su marcha hasta Linares.—El Gobierno destituye á Arista.—Recibe el mando interino del ejército el General D. Francisco Mejía.—Llega el Ejército á Monterrey.—Es nombrado General en Jefe el General Ampudia.—Marcha de México á recibir el mando.—Pasa por San Luis con una brigada.—Los soldados se resisten á seguir para el Norte, por la falta de prest.—El pueblo los increpa con dureza y los apedrea.—Las mujeres los burlan y reparten versos ofensivos.—Sale al fin Ampudia con sus tropas, llegando á Monterrey á fines de Agosto.—Los americanos se presentan frente á Monterrey.—Atacan á esa plaza desde el día 19 de Septiembre hasta el día 24, que la ocupan por capitulación.—Barbaridades y delitos cometidos por Taylor, en venganza de las derrotas y perjuicios que el General Urrea causó á los texanos.

Detengámonos ahora por un momento, antes de empezar á referir las sangrientas batallas de esta

guerra fatal, para dirigir una mirada sobre aquellas tropas que dieron principio al drama funesto, cuyo desenlace ha sido una catástrofe. Por primera vez iban á medir sus fuerzas, por sostener los derechos de su nación respectiva, los hijos de dos razas destinadas al parecer por el Sér Supremo para destrozarse, así en el antiguo como en el nuevo continente. Unos emprenden la obra de usurpación y de perfidia, que un gobierno injusto les ha confiado: otros defienden una causa santa, en la que es verdaderamente glorioso sacrificar la vida.

Momentos antes de comenzar el combate, el general en jefe recorre la linea: arenga á los cuerpos uno por uno: les representa la gloria que alcanzarán con el triunfo, y el agradecimiento que deben esperar de sus conciudadanos.

Sus palabras son recibidas con entusiasmo.

Las banderas flotan al viento.

Los soldados preparan sus armas.

Acarician sus corceles.

Las músicas tocan piezas alegres y bélicas; y se elevan en los aires los gritos de "*Viva la República*," como para llevar ante el trono del Dios justiciero, el clamor de venganza de una nación ofendida!.....

Nuestras baterías rompen el fuego, que es al punto contestado por la artillería superior del enemigo, situada á seiscientas varas de distancia de nuestra linea: las fuerzas que trae Ampudia siguen acercán-

dose: el 4º regimiento de línea avanza en columna cerrada con el mejor orden: los americanos lo notan y la reciben con un fuego vivísimo de cañón: el 4º no se desconcierta: sereno en un peligro tan grande como en una parada, continúa su movimiento hasta llegar á la línea, donde despliega en batalla á la izquierda del 10º

El fuego sigue destructor y mortífero: el enemigo, cuyo objeto principal era pasar para su campo retrincherado de enfrente de Matamoros, se vale de la estratajema de incendiar el pasto que tenía á su frente, para que el denso humo que se levantara ocultase sus operaciones. Transcurre en esto como una hora, pasada la cual, se manda al general Torrejón que cargue con la caballería sobre el ala derecha del ejército contrario. Efectúase este movimiento, que se hizo desfilando por hileras por la izquierda: á cierta distancia del enemigo, y cuando ya se había introducido alguna confusión por lo largo del espacio que se había tenido que atravesar, una voz detuvo la carga, diciendo que las tropas que estaban al frente se nos iban á pasar. Todos los cuerpos se prepararon: en aquel instante, las dos piezas que tenían situadas en aquella parte los americanos, hicieron fuego, causando algunos destrozos: el desorden se aumentó; y en vez de darse la carga cejó nuestra caballería. No hubo en realidad obstáculo en su tránsito, pues una ciénega que era necesario atravesar, no obstruía verdaderamente el camino.

El enemigo que se ha visto amagado por esta fuerza, destaca para contenerla un batallón y dos

piezas de artillería, que hacen considerables estragos. El general Torrejón tiene que retirarse, dando lugar con su conducta á que se hiciera por primera vez á la caballería un cargo que se ha repetido luego otras varias.

También había hecho avanzar Taylor parte de su caballería sobre nuestra derecha. Recibida por dos piezas ligeras, se vió obligada á retroceder, y los fuegos se suspendieron por ambas partes, durante más de un cuarto de hora, al cabo de cuyo tiempo se renovó el cañoneo con más actividad y continuación que antes. Favorecidos los norte-americanos por el humo del incendio, que era ya entonces espesísimo, se preparan á pasar por nuestra izquierda que quedaba flanqueada con este movimiento: el general en jefe que lo nota lo evita diestramente mandando un cambio de frente á vanguardia sobre nuestra ala izquierda. El ejército practica esta operación con un orden y disciplina admirables, sin que el horroroso fuego que se le hace desordene un solo momento á aquellos intrépidos soldados, siendo muy de notarse la serenidad y bizarría con que marcaron la nueva dirección los guías, las banderas y los ayudantes. A consecuencia del cambio, nuestra ala derecha quedó á poco menos de tiro de fusil de los enemigos.

La artillería de los norte-americanos, muy superior en número á la nuestra, hace estragos horribos en las filas del ejército mexicano. Los soldados sucumben, no envueltos en un combate que reciben, no en medio del aturdimiento y arrojamiento que produce el ardor de la refriega, sino en una situación fatal en

que mueren impunemente, y diezmados á sangre fría. Horas enteras se prolonga la batalla bajo tan funestos auspicios: las bajas se aumentan por momentos: las tropas, cansadas por fin de morir tan inútilmente, piden á gritos que se les conduzca sobre el enemigo á la bayoneta, porque lo que quieren es batirse de cerca, y sacrificarse como deben hacerlo los valientes. El general en jefe no se decide de pronto á complacerlas: entonces se introduce algún desorden en los cuerpos de la derecha, que tratan de retroceder: allí acude veloz el general Arista: restablece la disciplina: ordena por fin que se dé la carga tan apetecida. Empezaba ya en aquellos momentos á obscurecer.

Para ejecutar esta maniobra, el ejército se apoyaba por su izquierda en la caballería de Torrejón, y por su derecha en el Escuadrón Ligero de México y en el regimiento número 7 que se acababa de colocar allí. Esta fuerza, al moverse, se echa sobre nuestra infantería, en la que introduce el desorden: desconcertadas nuestras tropas se atropellan unas á otras y no pueden ya llegar hasta los enemigos, pasando solamente á tiro de pistola de sus baterías, que las desorganizan, las destrozan, y las obligan á retirarse por la izquierda de nuestra batalla. Contribuyó también muy eficazmente á producir este mal resultado, el que en vez de formar al ejército en columna para acercarse al enemigo, se le hizo avanzar en batalla.

Afortunadamente los americanos no supieron aprovecharse, ni aun acaso notaron el desorden de nuestras fuerzas porque ya la noche había cerrado

completamente; así es que creyendo el ataque más serio y peligroso, se retiraron al abrigo de sus carros. El ejército mexicano lo verificó igualmente sobre la colina en que se apoyó en su primera posición.

El incendio continuaba propagándose: su resplandor siniestro alumbraba el campo, en que poco antes resonaba el estallido del cañón, y en que ahora sólo se oían las sentidas quejas de nuestros heridos. Como la mayor parte de éstos lo eran de bala de cañón, estaban horriblemente mutilados: su vista entristecía profundamente, y su desgracia llegaba al extremo de que no podía hacérceles ni la primera curación, porque el médico que llevaba los botiquines, había desaparecido desde los primeros tiros, sin que se supiera donde los había dejado. No hubo, pues, más arbitrio, que mandar á algunos de aquellos á Matamoros, en unas carretas que habían conducido víveres: los demás quedaron abandonados el día 9 en el campo.

Los enemigos estuvieron tan lejos de creer que habían alcanzado un triunfo, que en la noche del 8 tuvieron una junta de guerra, en la que la mayor parte de los gefes opinó por la retirada al Frontón: Taylor insistió en seguir adelante; y á su decisión tenáz se debió que no se efectuara aquella; pero este hecho es la prueba más clara que pudiera darse de que en la batalla de Palo Alto quedó bien puesto el honor de nuestras armas.

El ejército mexicano pasó la noche triste y abatido: aunque el combate había quedado indeciso, reinaba ya un funesto presentimiento de derrota: co-

menzaba á darse crédito á las voces de traición que circulaban desde antes: se temía de antemano la batalla del siguiente día, porque dominaba la persuasión de que no se iba á luchar para que la victoria se decidiera por el más diestro y el más valiente, sino que la perfidia y la ambición intentaban sacrificar á la república á sus torpes miras, derramando la sangre mexicana.

Lejos de nosotros dar fe á la inculpación de traidor que se ha hecho al general Arista, á quien tal vez podrá acusarse de otras faltas, pero de ninguna manera de ésta, ni tampoco de cobardía, pues es notorio que durante toda la batalla desafió el peligro con un valor que ha merecido recomendación y elogio.

Amaneció el 9 sin que el enemigo hubiera cambiado de posición.

El general en jefe determinó entonces retirarse: dió orden de que así se hiciera, y encargó al general Ampudia que con una sección mixta se sostuviera este movimiento. Las tropas tomaron á las seis de la mañana el camino para Matamoros, á la vista del enemigo, que no emprendió detenerlo: á las diez llegaron al punto conocido con el nombre de la Resaca de Guerrero, donde el general en jefe determinó esperar al general Taylor, para presentarle de nuevo batalla. En la elección de lugar influyó no poco el capitán Berlandier, que lo señaló á Arista como el más á propósito de cuantos había en el tránsito hasta Matamoros, para pelear con ventaja y probabilidades de triunfo.

La Resaca corta completamente el camino, en una dirección algo oblicua, formando una barranca muy poco profunda, á cuyos extremos por derecha é izquierda había dos charcos de agua estancada.

El terreno en que se halla situada lo cubre completamente un espeso bosque, cuyos árboles y malezas embarazan el paso. Los batallones de Zapadores, el 6º de línea, el 2º ligero, el 10º y el 1º de infantería fueron colocados luego que llegaron á la derecha del camino, quedando los soldados cubiertos hasta el pecho con el borde anterior ó delantero de la barranca: á la izquierda se situaron el batallón y compañía Guarda-Costa de Tampico, sobre el borde posterior de la misma: en el bosque, á retaguardia de las tropas de la derecha y como en 2ª línea, el 4º batallón: el flanco izquierdo se cubrió con el regimiento de Canales, compuesto de los auxiliares de las villas y además con dos piezas de artillería. Colocáronse las restantes en dos baterías, situadas, una á la entrada del camino en la Resaca, y la otra en el borde posterior de la derecha de la barranca. Por último, la caballería quedó como á 300 varas á retaguardia sobre el camino: el parque general y los trenes á la izquierda del mismo, en una plazoleta que había en medio del bosque. Las compañías de cazadores de los cuerpos desplegaron en tiradores al frente de la línea, cubriendo la parte de la izquierda las del 4º y 6º.

El enemigo, aunque de lejos, había seguido nues-

tra marcha, de lo cual tenía noticia cierta el general en jefe por los avisos de Ampudia que se había ido replegando y que no tardó en incorporarse á las demás fuerzas; pero esto no impidió que mandara descargar el parque, desenganchar las mulas de las piezas, desaparecer las de carga y quitar las bridas. Provenían estas disposiciones, de la firme creencia en que estaba de que el general Taylor no se atrevería á atacarlo aquel mismo día en la posición que guardaba, y no lo hizo variar de parecer, el observar que como á las dos y media de la tarde, una partida de americanos se acercó á reconocer el campo. Fué recibida á cañonazos, y tuvo que retirarse inmediatamente después de sufrir alguna pérdida.

El enemigo avanzó sobre nuestras tropas á las cuatro y media. El general en jefe, advertido de lo que pasaba, insiste aun en su error, calificando aquel ataque en forma de simple escaramuza, por cuya razón se retira confiadamente á su tienda después de hablar con el general Diaz de la Vega, á quien dijo que le reservaba el honor de mandar la acción aquel día. Entonces pasó á la izquierda parte del 4º de línea á las órdenes del teniente coronel Calatayud. El enemigo entre tanto ataca al 2º ligero que acababa de ocupar la vanguardia, en el que halla una resistencia esforzada, lo mismo que en las compañías de cazadores del 4º y del 6º mandadas por los valientes capitanes D. José Barragán y D. José María Moreno. El 2º ligero pelea con decidido arrojo: las dos heroicas compañías se baten con una gran parte del ejército norte-americano: sus esfuerzos extraordinarios de valor se estrellan

contra la inmensa superioridad del número de sus adversarios. Barragán cae herido mortalmente: Moreno es hecho prisionero: sus soldados, reducidos á unos cuantos, sin gefes, sin esperanza, sostienen aún por algunos momentos tan desigual lucha, y tienen por fin que cejar. A su vez el 2º ligero se halla obligado á retirarse después de ver caer muertos ó heridos á la mayor parte de sus gefes, debiéndose hacer mención entre los segundos, del denodado teniente coronel D. Mariano Fernández. La retirada en desorden del 2º introduce el desconcierto en los cuerpos de la derecha.

El general Taylor continúa su ataque principal sobre nuestro flanco izquierdo, que era la parte más débil de la línea, mandando también por el camino recto un trozo de caballería sobre las baterías que allí estaban situadas. Poco tardó en generalizarse el combate: la artillería enemiga diezma nuestras filas: sus dragones avanzan hasta nuestras piezas que caen en su poder. El malogrado capitán Don Dolores Ramírez, que mandaba una de las baterías se resiste á rendirse: con entusiasmo heroico rehúsa la vida que le ofrecen los americanos, y muere valientemente al pié de sus cañones, entre los que fué hecho prisionero el general Diaz de la Vega.

En nuestra izquierda continúa la batalla: nuestras fuerzas, reducidas allí al batallón y compañía Guarda-Costa de Tampico, resisten el ataque: el comandante del primero, D. Juan Mateos es herido: el capitán Arana muere como un valiente: el enemigo cerca por todas partes á nuestros soldados cortándoles la retirada. Entonces se ponen á su cabeza

el primer ayudante D. Ramón Tabera y el capitán D. José Barreiro, y procuran abrirse paso intrépidamente: al ejecutarlo recibe el segundo tres heridas, que lo ponen fuera de combate. Estas fuerzas se reúnen con las compañías presidiales, mandadas por el coronel Sabariego, y juntas organizan su retirada, con lo que se logró la salvación de parte de nuestros soldados.

El general Arista que sabe el triunfo de los americanos, dominado todavía por una ceguedad funesta, no creé que se trata de una batalla en regla; manda para contenerlos los restos del regimiento número 4 á las órdenes del coronel Uraga, y encarga al General Ampudia que vaya con esta fuerza á sostener la batalla. Los nuevos combatientes, á quienes Ampudia da ejemplos de valor, se batien con ardimiento; pero todo es infructuoso: el enemigo continúa avanzando; y la retirada, sin combatir, de los escuadrones de Canales, que como se ha dicho cubrían nuestro flanco izquierdo, acaba de ceder el triunfo á los contrarios. Todo nuestro material de guerra cae en su poder: el desorden que la derrota ha producido en la izquierda de nuestra línea se comunica instantáneamente á los cuerpos de la derecha, que no se han batido y que se dispersan vergonzosamente, excepto el 1º de línea, que reunido y con su coronel á la cabeza, se retiró sin quemar un cartucho, pasando el río por el Longoreño. Los soldados se desbandan, escurriéndose por entre la maleza del bosque: la confusión más horrorosa reina en el campo, y todo anuncia el doloroso desastre de nuestras armas.



General don Pedro Ampudia

GENERAL DON PEDRO AMPUDIA.

El general en jefe que permanecía aún en su tienda escribiendo, se cerciora por fin, ¡demasiado tarde por desgracia! á causa de la violencia de la derrota, de que su convicción ha sido errónea. Lleno entonces de dolor, ardiendo en cólera, prorrumpiendo en quejas contra los cobardes, buscando la muerte ó esperanzado aún en contener al enemigo, se pone á la cabeza de la caballería, que colocada á retaguardia se conservaba intacta: hace el último esfuerzo cargando intrépidamente sobre los vencedores, y penetrando hasta nuestra primera posición; pero el enemigo, apoderado ya de los bosques laterales del camino, rompe un fuego terrible, fusilando impunemente á nuestros lanceros. No hubo, pues, más arbitrio que retirarse, como se verificó en el mejor orden posible, sin que los enemigos, aprovechándose de la victoria, siguieran en nuestro alcance.

Así se consumó la derrota de la Resaca.

De estos acontecimientos siguió la ocupación de Matamoros por los americanos. Al salir de esa ciudad nuestro ejército dejó abandonados á la generosidad del enemigo 400 heridos. De estos hubo algunos que al saber la retirada de nuestras tropas salieron de los hospitales y seguían á sus cuerpos arrastrándose y dejando rastros de sangre. Prefirieron sufrir toda clase de padecimientos y la muerte misma, á quedar desamparados en la población á merced de un odiado enemigo.

La división continuó su marcha en medio de multitud de penalidades y miserias hasta llegar á Linares á donde entró el día 28. El 3 de Junio se reci-

bió en la misma población la órden de destitución del General Arista, recibiendo el mando el General D. Francisco Mejía. Después de algunos días de descanso en las poblaciones del tránsito, llegó el ejército á Monterrey á fines de Julio.

Después de esos desastres que tuvimos en Palo Alto, la Resaca y Matamoros, y ocupada ya una gran línea de la frontera por el ejército de Taylor, todavía hubo otro pronunciamiento en Guadalajara encabezado por el General D. José María Yáñez. El Presidente Paredes salió á batirlo, según unos, y según otros á dirigir la campaña contra los americanos, dejando en la presidencia al General Bravo; pero á los seis días se pronunció en la Ciudadela el Comandante general de México D. Mariano Salas en favor del plan de Jalisco. Paredes fué aprehendido en el camino y desterrado del país.

La presidencia la ocupó interinamente Salas.

El Gobierno que emanó de esa revolución, volvió á nombrar General en Jefe del Ejército del Norte al General D. Pedro Ampudia, quien marchó con dos cuerpos de infantería y uno de caballería, para agregarlos al ejército citado, deteniéndose unos días en San Luis para dar á la tropa algún descanso, y aumentarla con el contingente que pidió á los Estados cercanos y que no llegó á venir.

Se reunió el Congreso y fué electo Presidente el General Santa-Anna. Este militar estaba en la Habana, se embarcó para México y llegó á Veracruz

el 14 de Agosto dirigiéndose luego á su Hacienda "El Encero," Allí permaneció cerca de un mes hasta que marchó para México, con el propósito de no ocupar la presidencia, sino únicamente de tomar el mando del ejército del Norte.

Cuando Ampudia ya dió la órden de marchar de San Luis, los soldados se resistieron á obedecer, probablemente por falta del prest, pero el expresado General con grandes esfuerzos pudo vencer esa resistencia, y lo consiguió ayudado eficazmente por el pueblo, el que avergonzó á la tropa gritándole *cobarde*, haciéndole burla é insultándola terriblemente, con acompañamiento de una lluvia de pedradas.

Muchas mugeres del mismo pueblo hicieron llegar al interior de los cuarteles, unos versos impresos, que por encargo é instrucción de lo que debían decir, compuso un estudiante del Colegio Guadalupano Josefino, repartiendo además muchos ejemplares en la ciudad y en las Villas suburbanas, hoy barrios de la misma.

Las mugeres abrieron una subscripción para gratificar al estudiante, y fué notorio en San Luis que entre las fruteras, verduleras, tortilleras y carniceras de la plaza del mercado, y las operarias de la fábrica nacional de tabacos, se reunieron ciento diez y seis pesos. cantidad que una comisión de dichas mugeres, entregó al autor de los versos.

El joven estudiante se llamó J. M. Jordán, quien siete años después, siendo capitán del primer Batallón Ligero, se pronunció con su compañía en Guanajuato contra la última dictadura de Santa-Anna, y habiendo sido aprehendido en Lagos al poco tiem-

po, fué fusilado en esa ciudad por orden del citado General, el día 28 de Julio de 1853.

Los versos son los siguientes:

LAS MUJERES SANLUISENAS

á los soldados que vinieron de México, y no quieren ir á pelear con los gringos.

A la guerra, mexicanos,
A la guerra con valor,
El que no tome las armas
Señal que no tiene honor.

Si ya no teneis calzones,
Hombres cobardes y viles,
Abandonad los fusiles,
Los morteros y cañones:
Nosotras los tomaremos
A ver si los manejamos,
Y si acaso no triunfamos
Al menos no correremos.

¿Qué se hicieron los Morelos
Los Hidalgos é Iturbides
Que brillaban en las lides
Cual el sol brilla en los cielos?
¿No sois vos los herederos
De aquellos bravos campeones,
O ya no tenéis calzones
Que en temblar sois los primeros?

Los potosinos son bravos,
No temen al yanke odioso
Porque sería vergonzoso,
Y consentir ser esclavos:
¡Guerra á los conquistadores!
¡Guerra á los yankes malvados!
¡Vivan los héroes amados,
¡Viva el Cura de Dolores!

Idos pues á la campaña,
No esteis aquí acobardados
Para todo haciendo maña;
Idos cobardes cuitados,
Desafiad al yanke á muerte
¿Qué hacéis aquí, degradados
Y del todo descuidados
Solo fiados en la suerte?

Idos, la lid os aguarda,
Sólida gloria también,
Y miserable de quien
Para marchar tanto tarda:
Dejad vuestros patrios lares,
Id á la lucha sangrienta,
Porque os espera la afrenta
Si os quedais en los hogares.

Ya la patria agonizante
Hoy vuestro auxilio reclama:
Vil, cobarde quien no la ama
Quien no desee que triunfante
Salga en la guerra presente:
A las armas, pues, volemós
Y al yanke escarmentaremos
Audaz, feroz é insolente.

¿Qué, el potosino se humilla?
Qué, humilde el yugo recibe,
Y la ley que le prescribe
Esa ladrona pandilla?
Sería un oprobio imborrable;
Juremos, pues, "á Taylor
Sed de venganza insaciable
Y el más profundo rencor."

Soldados, id á la guerra,
Los valientes nunca corren,
Los yankes son los que quieren,
Ser amos en nuestra tierra,
Pelead; que diga la historia:
Sus derechos defendieron,
A la suerte sucumbieron,
Pero murieron con gloria.

San Luis Potosí, Agosto de 1846.—*Las comerciantes de la plaza del mercado, y las torcedoras de cigarros de la Fábrica Nacional.*

*
**

El General Ampudia llegó á Monterrey en los primeros días de Septiembre, recibiendo luego el mando de la División, la que con las fuerzas allí existentes y las que llevó de San Luis ascendió á cinco mil hombres.

Los americanos salieron de Matamoros, dejando allí una guarnición, y permanecieron algún tiempo en Camargo esperando también refuerzos, los que les llegaron y emprendieron luego la marcha sobre la plaza de Monterrey presentándose á sus puertas el 19 de Septiembre á las nueve de la mañana. Desde ese día se defendió la guarnición hasta el 23 en que se acordó en junta de guerra desocupar la pla-

za, prévia una capitulación que se arreglara con el enemigo, y que fuera decorosa para el ejército. La capitulación se firmó el día 24 y es la que sigue:

“Convenidos por los infrascritos comisionados, á saber, el Señor general Wohter del ejército de los Estados Unidos, el Señor general Henderson de los voluntarios de Texas, y coronel Davis de los rifles del Mississipi, de parte del general Taylor comandante en jefe de los Estados Unidos, y los Señores Generales D. Tomás Roquena, D. José María Ortega y el Señor D. Manuel María del Llano, de parte del Señor general D. Pedro Ampudia en jefe del ejército del Norte.

Art. 1º Como legítimo resultado de las operaciones sobre este lugar y la posición presente de los ejércitos beligerantes, se ha convenido que la ciudad, las fortificaciones, las fuerzas de artillería, las municiones de guerra y toda cualquiera propiedad pública, con las excepciones abajo estipuladas, serán entregadas al general en jefe de las fuerzas de los Estados Unidos, que se halla al presente en Monterrey.

Art. 2º A las fuerzas mexicanas les será permitido retener las armas siguientes: Los oficiales sus espadas, la infantería sus armas y equipo, la caballería sus armas y equipo, la artillería una batería de campaña que no exceda de seis piezas con veintiún tiros.

Art. 3º Que las fuerzas mexicanas se retirarán dentro de siete días, contados desde esta fecha, más allá de la línea formada, paso de la Rinconada, la ciudad de Linares y San Fernando de Presas.

Art. 4º Que la catedral nueva, nombrada Ciudadela de Monterrey, será evacuada por los mexicanos y ocupada por las fuerzas americanas mañana á las diez de ella.

Art. 5º Con objeto de evitar encuentros desagradables y por conveniencia mútua, las tropas americanas no ocuparán la ciudad hasta la evacuación de ella por las fuerzas mexicanas, exceptuándose para ello las casas necesarias para hospital y para almacenes.

Art. 6º Que las fuerzas de los Estados Unidos no avanzarán más allá de la línea especificada en el segundo artículo antes de ocho semanas, ó el tiempo que se juzgue necesario para recibir las órdenes ó instrucciones de los gobiernos respectivos.

Art. 7º Que la propiedad del gobierno general será entregada y recibida por oficiales nombrados por los generales en jefe de ambos ejércitos.

Art. 8º Cualquiera duda que ocurra sobre la inteligencia de los precedentes artículos, se resolverá de la manera más equitativa y sobre principios de liberalidad para el ejército que se retira,

Art. 9º y último. Se hará un saludo por la misma batería de la catedral nueva, nombrada Ciudadela, al tiempo de bajar la bandera mexicana.”

Tristes y vergonzosos comentarios se hicieron en esos días acerca de la conducta militar del General Ampudia y de otros gefes de la guarnición de Monterrey. No queremos emitir nuestra opinión ni consignar algo de esos comentarios, porque no nos parecen comprobados los cargos que se hicieron á aquellos jefes, y además porque se sobreyó en las causas que por orden de Santa-Anna se les formó en la ciudad de San Luis.

Se recordará que después de la prisión de Santa-Anna en San Jacinto, el General Filisola, por haber obedecido la orden de Santa-Anna evacuando con las tropas el Estado de Texas, fué llamado á México por el Presidente Corro para que respondiera de su conducta ante un consejo de guerra, disponiendo el mismo Supremo Magistrado que quedara encargado del mando del Ejército del Norte el General D. José Urrea.

Pues bien, este Jefe en los varios años que anduvo expedicionando al otro lado del Bravo, combatiendo con los insurrectos colonos, con frecuencia los derrotaba, y como entonces todavía no se declaraba la guerra entre México y los Estados Unidos, el Gobierno americano nada podía hacer visible-

mente ni reclamar por esos hechos de armas, aunque entre los texanos vencidos y prisioneros que cogía Urrea, aparecieran algunos americanos de los que el Gobierno de aquella Nación, mandaba en auxilio de los colonos. Cuando el Mayor General Taylor estaba en Corpus Christi; dos veces mandó auxilios de soldados y provisiones á los texanos, y las dos veces los derrotó Urrea quitándoles todo lo que mandó el jefe yankee. Por eso Taylor, aborrecía terriblemente al General Urrea.

En su tránsito de Matamoros para Monterrey, el ejército de Taylor, que se convirtió en horda de foragidos, quemó por orden de su jefe todos los pueblos desde Marín hasta cerca de Mier, sin dejar más que ruinas, y lo mismo hicieron desde la Estancia hasta Cerralvo, y destruyeron los demás ranchos, quemándolos hasta Reinosá.

Al ocupar la plaza de Monterrey quemaron desde la esquina de la Quinta del General Arista hasta la plaza del mesón; del lado del Norte, hasta los puentes, sin quedar más que un cuadro de casas por los cuatro rumbos, tiraron la torre de una iglesia y fundieron todas las campanas. Al convento de San Francisco le hicieron grandes destrozos, y allí tuvieron toda la caballada.

Todo esto lo hicieron en venganza de los perjuicios que sufrieron con los triunfos de Urrea, quien les quitó en los diversos combates algunos miles de pesos, carros, mulas y efectos que repartía entre sus tropas.

Taylor publicó por bando uu decreto declarando

que Urrea, Canales y las tropas que les seguían eran piratas, y que no daría cuartel á ninguno.

Al General Ampudia le mandó decir, antes de la capitulación, que si se acercaba allí Urrea le prendería fuego á toda la ciudad.

Desocupada la plaza por las tropas mexicanas, el General Ampudia, con el resto de la división, emprendió la retirada para el interior de la República.



CAPITULO 17º

SUMARIO.

El General Santa-Anna sale de México para el campo de la guerra.—Llega á San Luis con una división.—Entusiasmo popular para recibirlo.—Saluda al pueblo.—El General Ampudia llega de Monterrey con su división.—Circular de Santa-Anna á los Gobernadores de los Estados.—Patriotismo y sacrificios de todas las clases sociales de San Luis.—Comunicaciones cambiadas entre Santa-Anna y Taylor.—El Congreso general autoriza al Gobierno para que se proporcione hasta 15 millones de pesos, hipotecando los bienes de manos muertas.—El alto clero se opone á la ejecución de ese decreto.—El clero bajo da muestras de patriotismo.—Proclama del cura de Guadalcázar.—Ataques á Santa-Anna de sus enemigos políticos.—Santa-Anna se defiende en un extenso manifiesto.—Elecciones de Gobernador y Vice-Gobernador.—Son electos los Licenciados Adame y Avila.—El General Santa-Anna se apodera de unas barras de plata de particulares.—Manda acuñarlas para que el Ejército marche á la campaña.—Incidentes á que ese asunto dió lugar.—El General Santa-Anna se maneja con honradez, patriotismo y justificación.—Los dueños de las barras, voluntaria y generosamente ceden el valor de ellas á la Nación.

El día 28 de Septiembre del año citado de 1846 salió de México el General Santa-Anna para San Luis Potosí, precediéndole dos brigadas de infantería y una de caballería.

El día anterior se celebró en la Colegiata de Gua-